

# La lectura foucaultiana del neoliberalismo

MARCOS GARCÍA DE LA HUERTA

## Resumen

*Este artículo sostiene que «El nacimiento de la biopolítica», de Michel Foucault, se mantiene en el «paradigma jurídico» y dentro de un marco funcionalista. Lo económico sería para Foucault una abstracción, siempre sobredeterminado por prácticas, normas y leyes que lo resignifican. Pero si no hay una lógica del mercado independiente de la regulación estatal, si hay que hablar de un orden económico-jurídico, el mercado no contiene sólo el principio de limitación de la razón de Estado que supone el liberalismo clásico, sino el principio de su suplantación y negación. Sin una esfera económica diferenciada no hay política diferenciada: no hay propiamente política si se establece un continuo de lo económico-jurídico-político, y no hay forma de distinguir la acción humana y su referencia a lo justo e injusto, lo bueno y lo malo, lo legítimo e ilegítimo, respecto de las prácticas técnico-productivas.*

Palabras clave: Foucault; economía; política; neoliberalismo; poder.

## Abstract

### *Foucault's Interpretation of Neoliberalism*

*This article maintains that Foucault's work, «The Birth of Biopolitics», belongs to the «juridical paradigm» and remains within a functionalist template. For Foucault, the economy is an abstraction which is overdetermined by resignifying practices, norms and laws. But if there is no market logic independent of state regulation, then the market does not provide a limit for the reason of state, as classical liberalism has traditionally argued, but its very negation. Without a differentiated political sphere there is no differentiated politics. And if there is a continuum between the economic, the juridical and the political spheres, then there is no way to distinguish between human agency and its reference to the ideas of good/bad, legitimate/illegitimate from the technical-productive practices.*

Keywords: Foucault; economy; politics; Neoliberalism; power.

El curso de 1978-1979, publicado con el título *Nacimiento de la biopolítica*, es una suerte de genealogía del liberalismo económico y de la *gubernamentalidad* liberal. Con esta palabreja, Foucault designa el conjunto de «procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer [...] esta forma específica de poder que tiene como meta principal la población, como forma primordial de saber la economía política, y como instrumento técnico esencial, los dispositivos de seguridad». <sup>1</sup> La relación entre liberalismo y biopolítica se establece así a través de la economía clásica, al menos inicialmente, pues el modelo del poder soberano y el paradigma jurídico prevalecen, según Foucault, hasta finales del siglo XVIII. Desde comienzos del XIX empieza a imponerse un nuevo modelo biopolítico caracterizado por el manejo de las poblaciones y el control sobre los cuerpos.

El propósito de «estudiar el liberalismo como marco general de la biopolítica» se encuentra en las notas de apoyo al curso; aunque es aclaratorio, plantea varias interrogantes. La más obvia es: ¿una sociedad de economía planificada, no responde igualmente, y acaso más que una liberal, al padrón biopolítico? Un proceso productivo dirigido políticamente puede llegar a ser tan absorbente que supedita en cuerpo y alma al trabajador. El biologismo político más radical se practicó por demás en un régimen totalitario. Por otra parte, hay dos hechos condicionantes del fenómeno de la administración de la vida: son el crecimiento demográfico y el riesgo de la aniquilación global. Este último plantea como cuestión prioritaria la necesidad de garantizar la vida. El aumento de la población desde comienzos del siglo XIX estimuló el desarrollo de políticas públicas de salud, educación, diseño urbano, habitación y planificación demográfica. No eran del todo desconocidas antes dichas políticas, pero revestían un carácter más episódico. Por lo general eran un paliativo de los efectos de epidemias y catástrofes. El exterminio de pueblos en el mundo antiguo y las conquistas coloniales modernas significaron devastación territorial, desplazamientos migratorios y despoblamiento. Todo eso requería reasentamiento de familias, manejo y distribución de poblaciones, asuntos bio- y geopolíticos similares a los que plantea una calamidad. En cambio, la esclavización de los vencidos y su utilización laboral, sexual y reproductiva eran una técnica regular y representa una forma de animalización frente a la cual palidecen las prácticas racistas modernas. ¿No ha sido el liberalismo, al menos el liberalismo político, más bien un factor moderador en este aspecto?

Por otra parte, el liberalismo renovado del siglo XX, el llamado neoliberalismo, ha elaborado una teoría del trabajo como *capital humano* que procura un nuevo sesgo a la biopolítica, pues de esa teoría del capital viviente se desprende una estrategia de capacitación laboral y perfeccionamiento de la población no centrada en la educación, como en el modelo pedagógico de la Ilustración, sino en la ingeniería genética y en las tecnologías derivadas de las neurociencias. El propósito de «estudiar el liberalismo como marco de la biopolítica» se desplaza así hacia una genético-política que intenta identificar en el material genético ciertas aptitudes, como creatividad, productividad, capacidad de innovación, etc. La decisión de usar las técnicas respectivas en una economía de riesgo corresponderá a individuos o familias; en una economía planificada, al Estado. Los resultados no serían seguramente muy distintos.

El *Nacimiento de la biopolítica* contiene sólo un par de páginas sobre este tema. Pero si el cambio del paradigma jurídico que caracteriza la gubernamentalidad liberal conduce a la regulación y rediseño genético de los cuerpos, quiere decir que el control sobre la vida adoptaría una nueva modalidad enmarcada, al igual que la biopolítica, en exigencias funcionales de la sociedad actual, pero redefinida por el uso de tecnologías derivadas de la biología molecular, en suma, una microbiopolítica. En cualquier caso, el hecho de que la sociedad moderna responda a esos desafíos y a sus propias crisis con regulaciones, controles y leyes que tienen en vista una normalización, induce a pensar que el paradigma jurídico goza de buena salud, y por ende plantea una duda acerca del poder hermenéutico del concepto de biopolítica y su relación con el liberalismo.

## La diferencia económica

La lógica disciplinaria de la economía política clásica consiste en aislar lo económico como un campo inteligible diferenciado de *lo político*. En su desarrollo posterior, la economía se constituye progresivamente en economía *pura*, siguiendo el modelo galileico. En esta *purificación* lo que desaparece o se oculta es *lo político* mismo. La disciplina llevaba la política en el nombre, pero su *politicidad* se refería sobre todo a su carácter de economía *nacional*, en oposición a la economía doméstica. La cuestión del poder y la política quedaba así omitida, junto con el trabajo. La economía clásica no le dio la misma atención al trabajo que a la tierra y el capital, los otros *factores de la producción*.

En la *Crítica de la economía política*, Marx advirtió esta doble omisión. Sin embargo, comparte con los clásicos la idea de que la economía constituye una esfera autónoma, diferenciada del conjunto de las prácticas sociales y, en particular, de la política. El estatuto que tanto Marx como los clásicos le asignan a lo económico es equivalente; en un caso, por razones de estrategia disciplinaria, en el otro, de estrategia revolucionaria. Marx pensaba que en la economía se encontraba *el secreto* de la sociedad capitalista. En un aspecto, Foucault quiere hacer con Marx lo que éste hizo con la economía política: mostrar la insuficiencia de su comprensión del poder, es decir, mostrar una *politicidad* incompleta. La economía clásica percibe el poder en su forma más visible y aparente, la estatal, pero cuando el poder se halla camuflado, como en las relaciones de producción, queda fuera de su campo visual. La economía omite, pues, una forma de presencia de lo político en lo no político que impide concebir una *politicidad* no estatal, no procedente del centro, o sea, un poder *periférico* y *capilar*. Pero si el poder anida en todas las relaciones sociales, no sólo en las laborales, lo económico no posee el estatuto autónómico que le atribuyen los clásicos ni el carácter determinante que le asigna Marx.

El gran aporte que Foucault reconoce a la economía clásica es la determinación de una esfera de racionalidad distinta de la razón de Estado que implica al mismo tiempo su limitación, porque introduce un principio de gobierno heterónimo respecto del Estado: una gubernamentalidad restringida. La *mano invisible* de Adam Smith es la expresión metafórica de esta idea de una lógica específica de la economía. El interés privado de los agentes económicos se halla en armonía con el interés común, porque las conductas egoístas y el bien de la ciudad se encuentran en secreta continuidad. Foucault, en lugar de insistir en el optimismo que supone esta armonía, en lugar de ver en la *mano invisible* un residuo del Dios providencial que vela por el bien de todos, destaca la invisibilidad, es decir, la imposibilidad de abarcar la totalidad de los intereses. La *mano invisible* es un resto teológico, es cierto, pero lo decisivo es que ella supone un límite de visibilidad del conjunto de los intereses. Smith, junto con afirmar que los individuos, al buscar su propio lucro, traen sin quererlo un beneficio para todos, agrega que es mejor que se conduzcan egoístamente. Si se propusieran otra cosa no lograrían el mismo resultado

y beneficio: «Jamás vi que quienes aspiran en sus empresas comerciales a trabajar por el bien general hayan hecho muchas cosas buenas. Lo cierto es que esta bella pasión no suele darse entre los comerciantes».<sup>2</sup>

El desinterés y el desapego por lo propio, el altruismo, han sido considerados desde la Antigüedad como criterios del obrar bien; al egoísmo, en cambio, se lo ha identificado sumariamente con la maldad. También se ha estimado que nadie debe enterarse del bien que se hace: «no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha...». Quien desea hacer el bien no debe pensar siquiera estar haciéndolo: la invisibilidad, el secreto, es parte de las buenas acciones. Proclamar el bien que se hace u ocultar el mal, suele condenarse como fariseísmo y tartufería. En la *mano invisible* se reúnen ambos aspectos: hacer el bien sin renunciar al egoísmo y sin pretender altruismo, menos aún proclamarlo. El solo empuje de los egoísmos es lo que produce un bien común impersonal e involuntario, una suerte de altruismo sin altruistas. La pretensión totalizadora de la noción de bien común queda así desautorizada. En este aspecto, la *mano invisible* se diferencia de la *astucia de la razón* hegeliana, con la cual tiene algo en común, pues también la razón histórica se vale de agentes particulares para realizar sus objetivos *universales*. La diferencia está en que si bien los sujetos históricos carecen de la visión de conjunto, el todo es accesible a una mirada externa capaz de trascender las visiones particulares. Los agentes económicos, en cambio, hacen bien haciendo lo que hacen y es mejor que no quieran hacer otra cosa. No hay un agente económico capaz de visualizar el bien de todos, pero tampoco hay un agente político capaz de hacerlo. No es una estrategia de la razón lo que combina y armoniza los intereses, sino el mercado y su dispositivo de *feed back* o de corrección automática. El soberano no es soberano económico, no puede prescindir de la lógica del mercado: esto es lo que Foucault destaca del liberalismo. La economía clásica es una crítica de la razón política y un intento de fundar una gubernamentalidad restringida. Sería una suerte de kantismo a la inglesa que, en lugar de imponer límites a la razón especulativa y afirmar que la razón no puede conocer la totalidad del mundo, establece un límite de la razón de Estado: el soberano no puede conocer la totalidad del proceso económico y no puede —o no debe— imponer la razón de Estado sobre la lógica económica.

Sin embargo, Kant privilegia la mirada del observador externo sobre la de los agentes comprometidos en la acción. Esto vale para el juicio estético y también para el juicio histórico. Cuando se trata de apreciar el significado de la Revolución francesa, por ejemplo, quienes están directamente involucrados en ella no son los más autorizados para juzgarla. Los soberanos, en particular, harían bien en tener en cuenta la opinión de los simples espectadores, que pueden tener una percepción más ajustada y profunda del verdadero significado del acontecimiento, porque no están involucrados en la acción. Pueden lograr *una mentalidad amplia* gracias a la confrontación de su punto de vista con el juicio de otros o poniéndose con la imaginación en el lugar de los otros. El juicio *intersubjetivamente* compartido consigue cierta imparcialidad y *supera el egoísmo*, dice Kant. Al revés del libera-

lismo económico, él estima que el desinterés permite alcanzar una visión imparcial, susceptible de ser compartida. El juicio permite comunicarnos con los demás y permite asimismo calificar lo singular sin subsumirlo bajo reglas o conceptos generales. Juzgo benéfica o malograda *esta* revolución, no cualquiera, no las revoluciones *en general*. Lo mismo ocurre con el juicio estético: juzgo bello este cuadro no en función de una idea genérica de belleza.

Tanto en el liberalismo como en Kant, se trata de una crítica de la razón de Estado y su tendencia absolutista. Pero el liberalismo económico contiene una crítica de la razón política *en general*, pues al cifrar el bien de la ciudad en el ímpetu de los egoísmos, desautoriza no sólo el juicio del soberano, mina el juicio público mismo: la capacidad de discernir lo que es bueno o malo para todos.<sup>3</sup> La teoría kantiana del juicio, en cambio, deja lugar al juicio político bajo dos condiciones: que sea singular, no genérico, y que sea *intersubjetivo*, susceptible de ser compartido.

El aporte de la economía clásica consiste, entonces, en delimitar un ámbito de realidad distinto de la razón política e irreducible a ella: el juego de intereses que se expresa en el intercambio es un coto reservado, refractario, aunque supuestamente no antagonístico con la esfera pública en virtud de la armonía entre interés privado e interés público y cuyo mecanismo regulador es heterónomo respecto de la política, en el sentido que obedece a una lógica que sólo permaneciendo diversa a la política armoniza con el bien común.

Foucault no suscribe esta creencia en la armonía de intereses y en el dispositivo corrector del mercado, pero no deja de experimentar cierta atracción por lo que implica el liberalismo como resguardo de la capacidad que cada cual posee de tomar iniciativas y emprender en el sentido más amplio. En cambio, se muestra reticente frente a una gubernamentalidad socialista. Los neoliberales, y Mises en particular, descartan que haya una economía socialista. Foucault no lo dice con esas palabras, pero afirma: «creo que no hay gubernamentalidad socialista autónoma. No hay racionalidad gubernamental del socialismo».<sup>4</sup> Piensa, no obstante, que el socialismo puede ser un factor moderador y ejercer una función similar a la del cristianismo en ciertas épocas. No hay, es cierto, gubernamentalidad socialista autónoma, pero tampoco hay política cristiana *autónoma*. ¿Habría gubernamentalidad liberal *autónoma* o racionalidad de mercado *autónoma*? Si la hubiera, querría decir que el liberalismo no sólo *restringe* la razón de Estado, sino que la suplanta y desahucia.

## Neoliberalismo y «construcción de Estado»

Cuando aborda las formas de liberalismo renovado del siglo XX, Foucault toma como referente el neoliberalismo alemán, también llamado *ordoliberalismo*. Su lectura de esta versión restaurada es sugerente, porque no la presenta en oposición al Estado y la política, sino como *constructor de Estado*. A pesar de que el liberalismo nació como limitación del poder estatal, en la Alemania de posguerra el

nuevo orden político se legitimó mediante la creación de riqueza. Vale decir que el mercado —la liberalización de los precios y el crecimiento económico—, además de mercancías y servicios, produce consenso y legitima económicamente un Estado que la derrota había destruido. «Dado un Estado inexistente, ¿cómo hacerlo existir a partir del espacio no estatal que es el de la libertad económica?». La economía se vuelve *creadora de derecho público*.<sup>5</sup>

Aquí se podría contra-argumentar de la siguiente manera: existen básicamente dos formas de legitimación del poder estatal en la tradición de pensamiento político: o bien el soberano detenta un poder de origen divino, como en las monarquías, o bien la soberanía se disemina en una infinidad de mini-soberanos, como en las repúblicas. En ambos casos el fundamento del poder es de carácter normativo, legal. La legitimidad pertenece al orden del derecho; la riqueza y el enriquecimiento, en cambio, son algo fáctico. Así como no se puede *demonstrar* la existencia de un hecho, tampoco una norma se puede inferir a partir de un hecho. Foucault respondería: la riqueza pertenece al orden de los signos, no es algo sólo económico o *material*; se inscribe en un orden simbólico. Los bienes son instrumentos de intercambio y constituyen una instancia de comunicación muda. En una tribu, el don puede ser una forma tácita de contrato; en una sociedad religiosa, la riqueza puede significar protección y favor de Dios hacia sus elegidos. En el orden político, un crecimiento sostenido, una moneda fuerte, precios estables y una balanza de pagos equilibrada pueden ser signos de *buen gobierno*, de administración *correcta*. Lo económico no es separable de lo jurídico y lo político; la economía genera poder y genera derechos, lo mismo que la guerra, la creadora de derechos por excelencia. La derrota provoca el efecto inverso: junto con la destrucción del aparato productivo, la derrota trae la deslegitimación del Estado, su anulación, de modo que la instauración del sistema de mercado reviste un carácter estratégico: sirve a una política de construcción de Estado. «La historia había dicho “no” al Estado alemán. Ahora será la economía la que le permita afirmarse». <sup>6</sup> Ése es el verdadero *milagro alemán*: hacer nacer Estado donde sólo había destrucción y ruina.

Se puede encontrar cierta analogía, al menos de forma, en esta interpretación con el significado de las políticas de *seguridad nacional* aplicadas en Latinoamérica y especialmente en Chile. La dictadura pretendía refundar el Estado cuya ruina ella misma había contribuido a provocar, y la implantación del sistema de mercado servía a ese propósito. Era una situación en cierto modo inversa a la descrita por Foucault, porque era una dictadura la que *construía Estado* sobre las ruinas de un gobierno y un régimen de derecho. La oposición de esa época aducía que el gobierno había incurrido en ilegitimidad *de ejercicio*. No sé exactamente qué significa eso, pero entre el 1973 chileno y el 1945 alemán habría, independientemente de la cuestión de la legitimidad, la siguiente simetría: ambos siguen a una catástrofe y a una derrota política en sentido amplio. El nuevo gobierno no intenta continuar con el mismo régimen sino iniciar otro partiendo, por así decirlo, de cero. En ambos casos, la legitimación *se intenta* a través del ordenamiento de la economía, la creación de riqueza y bienestar.

El segundo momento de instauración del sistema de mercado, durante los gobiernos de la post-dictadura, presenta también analogías con el caso alemán. Estos gobiernos no intentaban construir el Estado haciendo tabla rasa de la institucionalidad heredada. Al contrario, la maldecían a voces, pero la aceptaban en silencio; se oponían a ella mientras se ajustaban a sus beneficios. Era un rechazo, por así decirlo, *moral*. Una gran ambigüedad se instaló en el sistema político, pero irrumpe sólo cuando se plantean las cuestiones cruciales, es decir, casi nunca. El sistema electoral, pongamos por caso, es deliberadamente excluyente y su modificación es prerrogativa exclusiva de quienes son sus beneficiarios directos. Nunca fue tampoco corregido el *Estado subsidiario* que convierte al mercado en el verdadero poder soberano. La Constitución estaba diseñada para producir este tipo de *impasse*, y cuando se negoció modificarla no se tocaron los aspectos sustantivos. Se da así la paradoja de una democracia que funciona en un orden constitucional implantado por una dictadura. Cambiar ahora el sistema electoral implicaría que quienes resuelven la modificación pongan en riesgo su propia reelección. Pero, además, deben decidirlo por una mayoría que no se logra reunir para las cuestiones más triviales. Y en cuanto a cambiar el régimen de Estado, eso no entra siquiera entre sus proyectos. El continuismo está, por demás, garantizado por un sistema de partidos burocratizados, endogámicos, incapaces de responder a las demandas de la población. Con la pérdida de las ideologías lo perdieron todo; combinan ahora la función de máquinas electorales con la de agencias de empleo; renacieron de la dictadura con la misma mendacidad y con los mismos dirigentes, es decir, renacieron en estado senil.

En Alemania, la política neoliberal fue resistida por casi todos los partidos, desde la Democracia Cristiana hasta los socialistas, y luego aceptada sucesivamente por todos. Aceptada tácitamente en razón de un *estrangulamiento táctico* similar en cierto modo a algo que conocemos. Hacia finales de los ochenta, la oposición a Pinochet se enfrentaba al siguiente dilema: o bien rechazaba la legalidad impuesta por la dictadura, aduciendo su ilegitimidad, o bien aceptaba la Constitución y plebiscitaba la continuación del régimen, como autorizaba esa misma Constitución.<sup>7</sup> La primera alternativa, de rechazo total, implicaba el riesgo de continuar con Pinochet hasta que la tierra lo reabsorbiera; pero la segunda no era menos riesgosa: implicaba aceptar el juego de la dictadura, un juego no diseñado para instaurar la democracia sino justamente para evitarla. Uno de los baluartes de la *democracia protegida* era justamente la sacralización del mercado. Éste es otro aspecto del *estrangulamiento táctico*. No sólo quedaron entrampados los socialistas; la Democracia Cristiana nunca se adhirió antes a una política de corte neoliberal. La asimilaron agregándole uno que otro toque de sensibilidad social, pero los socialistas no podían conformarse con un humanismo *light*. El socialismo en Chile, alguna vez filomarxista, siempre se planteó como alternativa del liberalismo. No era fácil aceptar un liberalismo que, lejos de limitar la razón de Estado, se imponía a sangre y fuego desde el Estado. Mostraron en esto, se dirá, una capacidad de adaptación superior a la fortaleza de sus convicciones. Pero habría que

recordar que la Guerra Fría no sólo profundizó el abismo que separaba al Este del Oeste: exacerbó la pugna ideológica y potenció la oposición de liberalismo y socialismo. El deshielo abrió un camino inverso que en la práctica significó la aproximación de los *ismos*. El deterioro de la URSS había llegado a un punto sin retorno que hacía más riesgosa la apuesta, así que el desenlace era previsible y es bien conocido. Significó el *fin de la utopía*, el triunfo del pensamiento estratégico, el imperio de la *razón cínica*.

### «Neoliberalismo»: la voz del desacuerdo

Hasta aquí no más llegan las analogías con Alemania. El sistema de mercado no puede verse igual desde allá que desde acá. «La apertura de un mercado mundial va a permitir que el juego económico no sea finito... Pero esta apertura al mundo... implica desde luego una diferencia de naturaleza y estatus entre Europa y el resto del planeta... Por un lado, Europa y los europeos serán los jugadores y... el mundo será la apuesta».<sup>8</sup> Palabras del mismo Foucault que tendremos en cuenta a la hora de analizar el liberalismo no sólo como formación discursiva sino como un saber atravesado por mecanismos y estrategias de poder.

«El neoliberalismo es una palabra que nos viene de Alemania», escribe Foucault.<sup>9</sup> Bien, pero a nosotros nos vino de Chicago. El término *Neoliberalismus*, en efecto, lo emplearon por primera vez autores alemanes, pero los neoliberales a los que él se refiere —Wilhelm Röpke, Walter Eucken, Franz Böhm y Leonard Miksch, entre otros— se apartan en aspectos decisivos de nuestros conocidos Hayek, Friedman o Harberger. De ellos precisamente trajeron aprendidas sus lecciones los *Chicago boys*, las mismas repetidas por la prensa durante décadas; las mismas impulsadas por los organismos financieros y crediticios. La política alemana después de la guerra, aunque haya conducido a prácticas feroces, no se asocia con las ideas de Hayek o Friedman, adversarios declarados de la «economía social de mercado», y de Keynes, a cuyo liberalismo también solía llamársele «social». Tampoco fueron necesarias las enseñanzas neoliberales para neutralizar a los sindicatos en Alemania, cuyo poder ya había sido liquidado por Hitler.

El keynesianismo predominaba entonces tanto en los EE.UU., con el *New Deal*, como en el Reino Unido con el *Plan Beveridge*. Una Alemania en ruinas y ocupada no estaba en condiciones de fijar con independencia su estrategia económica. El neoliberalismo alemán no era, por demás, incompatible con el keynesianismo. Los ordoliberales, en efecto, están lejos del fundamentalismo de mercado que caracteriza a los neoliberales propiamente tales. Eucken, por ejemplo, afirma: «el Estado es responsable del resultado de la actividad económica». Y Böhm escribe: «la principal exigencia de todo sistema económico es que la dirección política controle la economía, tanto en su conjunto como en sus partes; es preciso que la política económica controle intelectual y materialmente todo el devenir económico». Röpke sostiene: «la libertad de mercado



necesita una política activa y extremadamente vigilante». Y Miksch: «en esta política liberal bien puede ser que la cantidad de intervenciones económicas sea tan grande como en una política planificadora, pero lo diferente es su naturaleza».<sup>10</sup>

Cualquiera que sea, no obstante, la naturaleza de la intervención, la fe liberal en el equilibrio espontáneo se va al tacho si requiere de la intervención correctiva externa. El automatismo del mercado es el *Deus ex machina* del credo liberal. La desconfianza en el mercado, según Hayek, implica aceptar la lógica del adversario: el Estado de Bienestar conduce al socialismo, es un *camino de servidumbre*. Hayek quiere marcar diferencias con los neoliberales alemanes en este aspecto: «Popper y yo estamos de acuerdo casi en todo. El problema es que no somos neoliberales. Quienes se definen así no son liberales sino antes bien socialistas. Somos liberales que tratan de renovar, pero nos adherimos a la vieja tradición que se puede renovar».<sup>11</sup> Con el término *neoliberal* ocurre, pues, algo singular: los que impulsieron la doctrina no se reconocen en la palabra, y a los que la adoptan no se les reconoce en la doctrina. Pero la suerte de la palabra remite a una historia: ha llegado a identificarse con las estrategias monetaristas, la restricción del gasto fiscal y la bajada de impuestos: la política impulsada por los gobiernos de Reagan y Thatcher en los años ochenta. Coincide también, aproximadamente, con los años de la *reganomía* y el *thatcherismo* la concesión de seis premios Nobel a economistas neoliberales. La doctrina se expresa en el llamado *Consenso de Washington*, que define el marco de las políticas económicas aplicadas en gran parte del mundo, y desde luego en Latinoamérica, desde hace unos treinta años. También es importante la doctrina del libre mercado en el diseño de estrategias neoconservadoras, definidas, como veremos, en el marco de la llamada Comisión Trilateral.

Como quiera que se entienda la renovación del liberalismo, el punto es que para Foucault el mercado es una suerte de jurisdicción, un dispositivo con ciertas reglas, cuya enmienda o corrección con otras no ofrece mayor dificultad. Para un neoliberal eso es una herejía, pues el mercado posee su propia regulación y dispositivos de equilibrio que funcionan autónomamente mejor que intervenidos. En eso consiste el credo liberal: en que el mercado posee su propio mecanismo de *feedback*, que los clásicos llamaron la *mano invisible*. Ésta es la piedra angular del liberalismo económico. Hayek y Friedman la incorporan en la teoría del equilibrio, pero ellos hacen del sistema de mercado una utopía equivalente en cierto modo a la del marxismo, aunque invertida: una utopía patronal sustentada en la competencia perfecta, la movilidad perfecta y la transparencia perfecta de los mercados, por una parte, y la fe en el progreso, que reemplaza la idea de *necesidad histórica*, por otra. La historia no es diosa liberal. El liberalismo ha vivido siempre en el supuesto de que «ha habido historia, pero ya no la hay».

La política neoliberal aplicada en la Alemania de posguerra, lejos de ser anti-estatal, señala Foucault, es *constructora de Estado*. El ejemplo facilita, sin embargo, que pase inadvertido un aspecto crucial: que la condición de la construcción del Estado es la previa destrucción del Estado existente. Como el destruido en este

caso es el Estado nazi, la operación se legitima en función de la necesidad de remover las ruinas. Pero hay Estados legítimos demolidos con la misma lógica. ¿Qué pasa si junto con las ruinas se entierra la legitimidad de un Estado?

Esta pregunta no es retórica. Francis Fukuyama, en un libro titulado precisamente *Building State* (Construcción de Estado), cita como ejemplos los de Japón y Alemania. Quedó tan deslumbrado con estas experiencias que las convirtió en modelos para justificar las intervenciones militares. Después del fracaso de la invasión de Irak, sus juicios se hicieron más prudentes, sin abandonar la tesis sobre la necesidad de una reingeniería integral de los Estados del Medio Oriente. Pero Fukuyama no hace sino sistematizar una doctrina que venía esbozándose desde mucho antes. La destrucción de Estados nacionales dejó de ser una contingencia derivada de la guerra. Lejos de ser su consecuencia, se convirtió en causa de guerra y en dispositivo estratégico. La guerra quedó incluida como procedimiento de una estrategia de destrucción de Estados que tiene en vista su ulterior construcción. La reconstrucción es el negocio, la destrucción es la política.

El programa para sustituir la soberanía de los Estados nacionales está claramente expuesto en el manifiesto económico de la Comisión Trilateral fundada por David Rockefeller en 1973. Constaba de tres ramas, una norteamericana, una europea y una japonesa. Cada una se encarga de elaborar la estrategia más adecuada para su propia área de influencia y en conjunto definen la estrategia para el dominio del mundo. Su ideólogo principal, Zbigniew Brzezinski, afirma: «el Estado-nación, en cuanto unidad fundamental de la vida organizada del hombre, ha dejado de ser la principal fuerza creativa: los bancos internacionales y las corporaciones multinacionales actúan y planifican en términos que llevan mucha ventaja sobre los conceptos políticos del Estado-nación».<sup>12</sup>

¿Qué dice Foucault sobre esta Comisión? Muy poco, pero significativo. Desde luego, confunde el nombre: la llama Tricontinental, el nombre de una agrupación que reúne a los países terceros. La creó Fidel Castro y sesionó en La Habana la primera vez; la Trilateral es la fundada por Rockefeller. Lo único que tienen en común es el prefijo *Tri*. «Miren los textos de la Tricontinental (*sic*) y verán que se intentó proyectar en el plano económico del costo lo que habían sido los efectos de la libertad política. Probablemente, por tanto, crisis, o si lo prefieren, conciencia de crisis, a partir del costo económico de las libertades políticas».<sup>13</sup> Este «costo económico de las libertades políticas» es una expresión equívoca, y se puede entender porque Foucault piensa que desde finales del siglo XIX ha habido una «redefinición de la institución jurídica y de las reglas de derecho que son necesarias en una sociedad regulada en función de la economía de mercado».<sup>14</sup> Pero una «sociedad regulada en función de la economía de mercado» es opuesta a esa gubernamentalidad restringida que caracterizaba al liberalismo. Si es la economía de mercado la que regula, entonces no sólo *restringe* a la razón de Estado: la suplanta. La razón económica, inicialmente limitante, se vuelve ilimitada, extendiéndose al conjunto de relaciones sociales y a todo tipo de prestaciones, aun las reputadas no económicas.

Foucault estima que sólo el neoliberalismo norteamericano es economicista en este sentido, es decir, que pone en la misma plantilla de las decisiones económicas las conductas no económicas. Pero esta reducción, ¿no es esencial al liberalismo económico sin más? Si a la política se le pone el límite de dejar hacer al mercado, ¿por qué no tendría éste que convertirse en el principio regulador de la política? Si el buen gobierno es el que deja hacer al mercado, éste es la medida del buen gobierno. No hay sorpresa en esto: el triunfo del liberalismo económico consiste en que la política se convierte en apéndice y sostén del mercado. La *gran transformación* descrita por Polanyi consiste en que el Estado, que siempre fue intervencionista, interviene para instaurar y sostener el mercado. Este fenómeno se agudizó con el neoliberalismo del siglo XX, pero estaba en ciernes en el liberalismo del XVIII y revela el carácter antipolítico del liberalismo económico. El *fin de la historia* lo que proclama en sordina es el fin de la política.

## Conclusión

El neoliberalismo contiene un principio heterónimo respecto del liberalismo, otra forma de gubernamentalidad, diría Foucault. La gubernamentalidad neoliberal reduce la libertad política a la libertad económica y sustituye al ciudadano por el animal labrador/consumidor. Si el liberalismo nació en oposición al absolutismo de Estado, el neoliberalismo surgió en oposición al Estado de Bienestar; o sea, simplificando las cosas, contra un Estado orientado a limitar los estragos del mercado, no a restringir el Estado. Con el neoliberalismo, la razón económica, supuestamente limitante, adquiere un carácter total: el mercado se convierte en un nuevo poder soberano, una forma de poder transnacional. La gubernamentalidad liberal se refería al Estado nacional y supuso su propia lógica económica extensible a las colonias. El neoliberalismo nace en un *campo de adversidad* que sus representantes definen como *socialista*, incluyendo el keynesianismo y el socialismo de Estado. No es en este aspecto una teoría económica solamente, sino una estrategia que siempre tuvo en la mira a algún adversario.

Foucault ve en el mercado un mecanismo regulador entre otros. *Lo económico* como tal es una abstracción. Siempre se halla sobredeterminado por reglas de distinto orden: costumbres, prácticas sociales, prescripciones religiosas o morales, en fin, leyes y reglamentos que lo reorientan y resignifican. La economía no poseería ella misma un estatuto fundamentalmente distinto al de las reglas jurídicas: «en realidad hay que hablar de un orden económico-jurídico».<sup>15</sup> Pero si no hay una lógica de mercado independiente de la regulación jurídica del Estado, el mercado mismo es anárquico y habría que hablar de costos políticos del sistema de mercado, más bien que de «costos económicos de las libertades políticas». El costo mayor es la política misma, porque si no hay una esfera económica diferenciada, tampoco hay política diferenciada: no hay propiamente política donde se establece un continuo de lo económico-jurídico-político; y no hay forma de distin-

guir la actividad humana y su referencia fundamental a lo justo e injusto, lo bueno y lo malo, lo legítimo e ilegítimo, respecto de las prácticas técnico-productivas.

La *mano invisible* parece expresar una fe optimista, pero en realidad expresa una radical desconfianza en la capacidad humana de juzgar y decidir. Es eso lo que lleva a postular un dispositivo automático de regulación: la metáfora suplente un desfallecimiento de la razón y dice con sordina: ¡quien no se convenza con razones de la secreta armonía de los intereses, que crea en la Providencia divina (y la obedezca)! Reconocer la capacidad de juicio significa admitir las instancias deliberativas del proceso de decisión y aceptar la falibilidad inherente a acuerdos emanados del arbitrio. El dispositivo automático, en cambio, es impersonal y no requiere otra cosa sino que le dejen funcionar libremente. Se comprende que las dictaduras hayan adoptado este principio como argumento *técnico* contra la deliberación y la política, pues refuerza su propia recusación y proscripción de la política. La idea según la cual «la libertad económica es condición de la libertad política» (Hayek), choca contra esta evidencia histórica: las dictaduras usaron la ideología del mercado libre para su legitimación. La fe tecnocrática en el libre mercado, en lugar de terminar con el subdesarrollo, como prometía, contribuyó a terminar con la democracia y a legitimar las dictaduras.

#### NOTAS

1. Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 2006, p. 136.
2. Adam Smith, *Ensayo sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, cap. 2, libro IV.
3. Hannah Arendt, *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*, Paidós, Buenos Aires, 2003.
4. *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 118.
5. *Ibid.*, pp. 106 y 109.
6. *Ibid.*, p. 108.
7. Véase Luis Felipe Portales, *Chile. Una democracia tutelada*, Sudamericana, Santiago, 2000. Por ejemplo, la eliminación del Plebiscito en la Constitución es responsabilidad de la Concertación.
8. *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 74.
9. *Ibid.*, p. 41.
10. *Ibid.*, p. 162.
11. En el diario *El Mercurio*, 19 de abril de 1981.
12. Zbigniew Brzezinski, *La era tecnocrática*, Paidós, Buenos Aires, 1970, p. 102.
13. *Nacimiento*, op. cit., p. 90.
14. *Ibid.*, p. 190.
15. *Ibid.*, p. 194.

Marcos García de la Huerta es profesor titular de la Universidad de Chile, doctor en Filosofía por la Universidad de París y licenciado en Economía por la Universidad de Chile. Su última obra es «Pensar la política» (Santiago / Buenos Aires, Random House / Mondadori Sudamericana, 2004).